

Una historia que nos interpela

Entrevista a Sol Bonelli



Evangelina Ramos

Adentrarse en la obra de Sol Bonelli es, en cierta forma, volver a los aromas de las piezas teatrales de diversas dramaturgas argentinas que con su pluma supieron poner de manifiesto las problemáticas que vivenciamos las mujeres históricamente. Storni, Onrubia, Gambaro, Escofet, por nombrar solo algunas de las mujeres artistas, que lucharon utilizando el arte de las letras como vehículo para denunciar, cada una con su estilo, la sociedad patriarcal en la que vivimos.

Sol Bonelli es una artista multifacética cuya trayectoria, en las distintas disciplinas que despliega su arte, logra deslumbrar a quien decida dejarse atravesar por cada una de sus propuestas. La militancia feminista la condujo a escribir y dirigir obras necesarias, urgentes y merecedoras de diversos premios, como *La Naty* (2014), publicada en la presente edición y ganadora del segundo premio del jurado en el Festival Internacional Iberoamericano Tierra de teatro; *Flores de Tajy* (2016), declarada de Interés Cultural por la Legislatura de Buenos Aires y por el Consejo Nacional de la mujer; *Mamífera* (2017), elegida para el Festival de Novísima Dramaturgia Argentina y editada en la colección Dramaturgia Argentina. Experimentalismo y tradición por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y el Instituto de Artes del Espectáculo (IAE), si solo nos ceñimos al ámbito teatral; puesto que, además de dramaturga, Sol es directora de teatro, guionista, fotógrafa, periodista y gestora cultural. Dirige el Espacio Cultural Sábado desde hace cuatro años y actualmente está desarrollando *Mi cuarto de soltera*, un biodrama para el cual interrogó por WhatsApp a todos sus ex novios.

La Naty, particularmente, texto dramático y puesta en escena en la que indagaremos en esta entrevista, es una pieza teatral que le retacea la posibilidad al espectador de permanecer al margen, porque es piedra que estalla contra el vidrio, que se anima a poetizar lo indecible, representando aquello, quizás, irrepresentable. Por un lado, su temática, la trata de mujeres -en este caso, una mujer migrante de origen paraguaya-, tópico dolorosamente vigente a lo largo del tiempo, y, por otra parte, su intertextualidad con la mitología guaraní, permiten interpelar al espectador de un modo singular. A través de metáforas vinculadas con este universo y gracias a una puesta en la que se privilegia una mirada constante hacia el público, el espectador se verá atrapado en la historia de la protagonista.

A modo de preludeo del texto, con gran placer, les compartimos algunas preguntas que le realizamos a su directora donde nos transmite diversas reflexiones en relación

con su militancia desde el arte y su mirada respecto de la recepción de la obra a lo largo del tiempo.

¿De qué modo y cuándo comenzó tu militancia feminista, Sol?

Yo creo que empezó siendo mujer en este mundo y a partir de cosas que me parecían rarísimas. Enfrente de mi colegio -yo fui toda la primaria a un colegio privado de Flores, que queda en Carabobo y Rivadavia- estaba el *Juliet Show*, con luces de neón. Tenía una escalera que daba abajo, hacia un abajo oscuro y yo tenía como una fascinación, un morbo por ese lugar porque sabía que era peligroso para las mujeres, porque siempre había tipos muy turbios en la puerta, como que te miraban mal o de una forma que te hacían sentir incómoda y yo era una colegiala de enfrente. Me pasaba eso, yo pasaba por enfrente durante el día, tal vez tenía no sé... once, doce años y veía esa situación y sabía que a esos lugares tenían acceso los hombres. Eran lugares solo para hombres y eso, muchas veces lo mencioné, me marcó, como esa relación en que no era igual. Bueno... ya de por sí el uniforme, la nenas "usar pollera", a mí esas cosas siempre me molestaban y decía ¿por qué?, ¿por qué me moría de frío para ir a la escuela, por qué tenía que ir con esa pollerita o ponerme unas medias que no me terminaban de abrigar tanto como un pantalón? Yo creo que ser feminista... Bueno... ahora estoy leyendo *Vivir una vida feminista*, de Sara Ahjmed y es muy lindo porque el libro se lo dedica a las feministas aguafiestas que están por el mundo haciendo bardo, por así decir. Siento que un poco yo tenía ese espíritu. Te estoy hablando del '96 cuando la palabra feminista era casi una mala palabra y era tipo "sos una loca". Después me fui nutriendo de ese término, pero mucho después. De hecho, me reconocí feminista en el 2010, tal vez un poco antes, cuando empecé a leer más a Virginia Woolf, pero no fue antes de la universidad, no fue durante la primaria ni la secundaria que me reconocí con ese concepto. La militancia empieza un poco cuestionando eso desde chica y después ya más activamente. En 2010 fui al Encuentro Nacional de mujeres de Paraná, que ahora ya no se llama nacional ni de mujeres y me parece bien, pero para mí eso fue un *click*. Activamos un montón para ir, porque nos juntamos varios grupos de pibas de distintos tipos de arte, plástica, circenses. Yo en ese momento terminaba de estudiar fotografía en la escuela de Andy Goldstein y con un grupo que surgió de ahí y con una profe hicimos fiestas para ir todas juntas en un bondi con esos otros grupos. Y ahí fuimos al encuentro, la marcha, todo, fue un *click* porque supe que no iba a volver igual. Y no volví igual. Llegué y saqué unas fotos con una de las chicas que no estaban depiladas, tipo un proyecto fotográfico. Tengo los negativos digitales, por algún lado, de mujeres sin depilar que se llamaba vellitas, con v corta. Algún día espero hacer una muestra. Frente a esta realidad, yo dije, ¿cómo la milito desde mi lugar? Tampoco sabía bien desde dónde militar hasta que dije "bueno, escribiendo sobre esto". Y ahí fue que empecé a escribir sobre la trata como un lugar de militancia desde el arte. Después entendí lo que era el artivismo, pero es un término que a veces solo se aplica a las artes visuales o más a la intervención callejera, pero no lo había volcado a la escritura de guión y yo volví decidida a que eso tenía que darlo de alguna forma y contárselo al mundo. Entonces escribí la serie *Se trata de nosotros* (2012) que ganó en el Incaa, se pudo ver y, de hecho, hoy está en Contar. Después escribí *La Naty*, *Flores de taju* y después *Mamífera*. Siempre hay algo de la escritura que tiene que atravesarme y ¿cómo no me va atravesar el ser mujer en este mundo, no?

Hablaste de Virginia Woolf como una autora mujer que te permitió o colaboró, de algún modo, en el autorreconocimiento de saberte feminista. ¿Qué otras autoras o autores te inspiran o considerás referentes de algún modo?

Referentes tengo varixs. Lola Arias y escritoras de prosa que me encantan, Cabezón Cámara, la Gambaro en teatro me parece actualísima. Hace unos años le hicimos un reconocimiento con la colectiva de autoras; fue muy hermoso. Kartun también. Soy muy ecléctica con las lecturas. Cuentista me encanta Juan Diego Incardona. De hecho, tomé clases con él hace un tiempo antes de *La Naty* y, ahora que lo pienso, *La Naty* la relaciono con *Antígona furiosa*, con ese aire de denuncia.

Poniendo el foco en el formato de La Naty -que es una pieza que te acompaña desde hace muchos años-... es germen, de hecho, de tu obra Flores de Tajy y el verano pasado se volvió a presentar en el Centro Cultural San Martín. Escribiste, luego, Mamífera y volviste al monólogo. ¿Qué particularidad le encontrás a este tipo de propuestas?

Es re potente ver un solo cuerpo en escena que te construya un mundo. Es potente lo mínimo, un ser ahí en ese espacio y otra persona que lo mire, lo minimalista del teatro. Algo de la facilidad de gestionar eso, te ponés de acuerdo con una persona, ensayan... el teatro independiente tiene algo muy de autogestión que parte muy desde el deseo y la voluntad y, a veces, cuando tenés que coordinar muchos deseos y voluntades es más trabajoso. Sobre todo lo digo como autora y directora. Algo del tema producción, una que escribe y dirige muchas veces también produce, por lo menos muchas veces ése es mi rol, *multitasking geminiani*. Obviamente después armás equipo. Y, además, sentía que me lo debía, me debía probar cosas nuevas con el mismo texto, porque si hay algo que tiene *La Naty*, es que con textos similares tuvo distintas puestas. Tuvo, primero, la puesta de *Silencio de negras*, que fue muy *sight specific*, porque era un colchón tirado en una habitación, y con sus persianas tiramos un reflector desde afuera, muy *under* y muy con lo que había y se armaba. Después surgió *Flores de Tajy*. Ahí escribí personajes y ensayé como para un teatro. Después hicimos *La Naty* en una cajita que es la cajita de Monomujer de teatro para un espectador y, obviamente, esa puesta se cambió, cambió el texto, cambió todo. Ella no termina como que se va. Vos escuchabas a esa Naty entre cliente y cliente, toda la parte final del texto no estaba de esa Naty. Ese mismo formato es el que viajó a los encuentros de mujeres. Y después esta tercera versión de *La Naty* sola, que es esta puesta circular que ensayamos con Olave desde el 2019, se grabó en el 2020 en un ensayo y se estrenó recién presencialmente en el 2021 en el Centro Cultural San Martín al aire libre, que es muy distinto que la versión única que hicimos en el Sábado en 2019 en septiembre, después *La Naty* con Olave fue Espacio 33 se presentó en marzo 2020, y ya después la versión grabada hasta enero 2021.

Mencionaste diversas puestas de La Naty. Su recepción, sin lugar a dudas, ha cambiado a lo largo del tiempo. ¿Cuál pensás que es el impacto de la obra en el contexto actual? ¿Encontrás diferencias entre aquellas presentaciones del monólogo en Timbre4, el Encuentro Nacional de Mujeres en el 2016 y la recepción en el Centro Cultural San Martín el último verano?

Creo que hoy ya todo el mundo sabe lo que es la trata. Cuando empecé a escribir el monólogo, en 2014, ni hablar... era un submundo del que yo estaba hablando. Yo venía familiarizada por la serie *Se trata de nosotros* y a la trata llegué por un canal directo de un encuentro de mujeres y de escuchar a madres buscando a sus hijas, pibas buscando hermanas que habían sido secuestradas o engañadas y sabían que habían estado en prostíbulos, ¿no? Por un lado, está el contexto social en el que se empezó a hablar más de trata; en el 2016 se empezó a hablar mucho más a nivel artístico. Hubo una obra que se llamaba *Trópico del plata*, y en el medio se estrenó *Turba* de Laura Sbdar, *Fiera* de Mariano Tenconi Blanco... en el medio de que escribí *La Naty* y se estrenó ahora

en el 2021, se estrenaron más obras, incluida *Flores de Tajy*. Había una que era *En el fondo* de Pilar Ruiz, *Bella le viste la cara a dios*, de Cabezón Cámara, que no es una obra de teatro pero se hizo una versión. Empezó a estar más en el ambiente hablar de trata desde un punto de vista artístico, no solo desde las estadísticas o como un crimen sino desde un punto de vista dramático y humano. Y las diferencias en cuanto a puestas, bueno, teatro para un espectador es un viaje aparte, ¿no? La versión que hicimos en 2016 para un solo espectador fue un *flash* porque era el uno a uno. De hecho, hubo un espectador que le habló a la actriz que era una persona que había ido a arreglar algo a Timbre4, que tenía que esperar y entró. Como era una obra breve, entrabas a esa cajita, y le habló a la actriz como que la quiso ayudar, me pareció singular de ese formato y de esa persona que era un espectador no convencional porque no iba al teatro a ver algo. Y en el ENM la hicimos en el baño de la facultad y entraban de a tres espectadores. Ahí veía a mujeres que salían y me abrazaban a mi, muy conmovidas. Veías un impacto muy fuerte, porque el contexto del Encuentro de Mujeres ya es re movilizante y ver eso en un baño al lado tuyo era... hay algo de la construcción ficcional que se borronaba porque el lugar era real, era realmente un baño y había solo tres mujeres dentro de ese baño y escuchaban la historia de *La Naty* que estaba sentada en el inodoro. También la puesta hacía que haya otra recepción. La puesta circular del Cultural San Martín, al ser al aire libre, estaba cargada de otro dramatismo, en el sentido de que la actriz tenía que tener una energía mucho más alta, había un matiz que se ponía rojo fuego porque era como más de denuncia, ¿no? Estás en un espacio público al aire libre contando algo que sucede a la vista de todos pero siempre oculto y, de repente, digo, pensándolo hoy, es como un acto político incluso salir del teatro y estar, aunque sea en un centro cultural, en la galería y lxs chicxs que dormían en la esquina la vieron y escucharon hablar. Siento que hay algo del movimiento de salir del teatro pulcro, digamos, de caja negra y salir al aire libre, a la intemperie, que obviamente cambió el contexto de representación de la obra y a la obra, en sí misma, la volvió mucho más denunciante, que de por sí es. Y siento que al personaje también lo volvió más fogoso... bueno, también porque la actriz laburó más ese costado.

Sigo pensando en el impacto de la obra porque, desde mi punto de vista, el espectador, al ver La Naty, siente el grito de todas las mujeres sometidas a este crimen de la trata juntas y en más de una entrevista hablaste del arte como una herramienta de transformación social. En ese sentido, ¿sentís que el espectador sale con una perspectiva distinta luego de ver La Naty?

Podría basarme en lo que me han comentado los y las espectadoras. Hay algo de género que impacta distinto, por una cuestión de cómo nos crían, ¿no? Con la educación que nos dan a cada unx, las mujeres no son criadas para ir a debutar a prostíbulos. Entonces, como mujer podés empatizar más con esa mujer que está ahí y como hombre Cis heterosexual criado en este patriarcado yo creo que lo que pasa es otra cosa que es tomar conciencia, o de repente ver una situación que tal vez vieron, con otra voz, digamos. No sé, no podría decir exactamente lo que piensan, yo sí podría decir lo que sentí como directora muchas veces o que me han planteado incluso conocidos. Me han dicho, cuando hacía *Flores de Tajy*, que al cliente tenía que hacerlo más guarro, más malo (eso me lo dijo un amigo de la infancia) y yo en eso leí la necesidad que ellxs tenían de hacer al malo absolutamente malo para no vincularse. Lo que siento es que *La Naty* le habla a los hombres. Cuando le dice “era tu padre, tu hermano, tu tío también”, está hablando directamente al público y está hablando sobre los hombres que le hacen eso. Entonces, me gusta pensar justamente el arte como una herramienta de transformación social. Cuando alguien ve -y esto no lo digo yo, lo decía Brecht-..., cuando ves una cosa naturalizada puesta en el escenario, de una forma que no es tan realista -porque que una persona hable sola de por sí no es

normal, no es realista-, eso puede abrir los ojos a decir “¡ah! la persona que estaba bailando arriba del parlante en x cabaret, tal vez tenía esta historia”, y eso me lo han dicho espectadores varones, no tal cual pero que, por lo menos se lo pregunten, y no dar por sentado que las personas que están ahí quieren estar ahí, que para mí es como uno de los grandes engaños, ¿no?

Luego de la entrevista, Sol amplió sobre el derrotero de *La Naty* luego de su temporada de verano en el Centro Cultural San Martín. En marzo, la obra participó en el marco del 8M, del primer encuentro de trabajadoras municipales de Moreno, organizado por el Sitram (Sindicato de trabajadores municipales de Moreno) y se proyecta continúe su gira.